
1. El más-acá y el más-allá

Nadie asistió a la muerte de Jesús. Los espectadores fueron numerosos. Pero vivieron sólo desde fuera las últimas horas del ajusticiado, de pie ante la cortina. El drama se jugaba al otro lado. Cuando soldados y burlones dejaron el Calvario, unos discípulos acudieron a desclavar el cuerpo, con precaución sin duda, atentos a no herirle más. Pero tampoco ellos fueron testigos del misterio de la muerte. Sólo el Padre asistió a la muerte del Hijo, él que lo recibió en sus manos (Lc 23, 46), sellando, en este abrazo, la alianza entre él y la humanidad, la misma que enlaza al Padre con su Hijo.

El hombre Jesús y su más-allá

Así fue también durante la vida de Jesús en la tierra: las apariencias que ofrecía recubrían un misterio; en él se conjugaban un más-acá y un más-allá. Los hombres vieron su rostro, pero fueron escasos los que contemplaron en este hombre el rostro del Cristo de Dios. Pedro fue uno de ellos: «Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo» (Mt 16, 17). Dios dotó a Pedro de una mirada de pro-

feta: bastante antes del día de pascua él percibió la aurora: «¡Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo!» (Mt 16, 16). Después de la resurrección de Jesús proclamará muy alto esta misma fe (Hech 2, 36).

Jesús comenzó desde entonces a introducir a sus discípulos tras el velo: «A vosotros se os han anunciado los secretos del reino de Dios; en cambio a los de fuera todo se les presenta en parábolas... para que por más que miren, no vean...» (Mc 4, 11s).

Los de fuera reprochan a los discípulos por no ayunar como los fariseos y los discípulos de Juan; ignoran que con Jesús se inauguran las bodas mesiánicas, en las que no es oportuno ayunar (Mc 2, 18s). Les acusan de no someterse a las observancias del sábado, fijadas por las tradiciones rabínicas, y se olvidan de que los sacerdotes están dispensados de ellas durante el servicio del templo; ahora bien, «aquí hay uno que es más que el templo» (Mt 12, 5s). No saben de dónde le viene a Jesús el poder de echar demonios, y algunos le acusan: «¡Si echa los demonios, es por arte de Belcebú, el príncipe de los demonios!» (Lc 11, 15), cuando la fuerza del reino de Dios operaba por la mano de Jesús (Lc 11, 21).

Jesús constata: «No sabéis de dónde vengo ni adónde voy, juzgáis por lo exterior» (Jn 8, 14s). Y pide: «Dejad de juzgar por las apariencias» (Jn 7, 24).

Esta dualidad de un más-acá y de un más-allá fue lo peculiar del misterio de la encarnación durante los años de su vida en la tierra. Uno y otro se compenetran: son inseparables. A los de «dentro» el más-allá se revelaba por lo mismo que era visible para todos. El misterio era perceptible para los ojos del discípulo: éste «vio y creyó»¹; era tangible para manos sensibles a la gracia: «Lo que hemos experimentado

1. Jn 20, 8; cf. 1, 14; 6, 36; 20, 28s.

del Verbo de la vida... eso os anunciamos» (1 Jn 1, 1-3). Así pues, lo que vieron y tocaron les introdujo en el misterio. La relación en Jesús de un más-acá y de un más-allá no era simplemente la de una naturaleza humana y una naturaleza divina: ambos aspectos eran lo propio de la humanidad de Jesús. La filiación divina era vivida por un ser de la tierra; se transparentaba a los ojos de los discípulos en lo que era visible para todos. El más-allá filial, la profundidad divina se encarnaba en la humanidad corporal de Jesús asumida en la filiación eterna.

Esta profundidad era también *una realidad futura*. Los discípulos presentían el advenimiento manifiesto de la gloria que adivinaban presente: «¡Concédenos sentarnos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda!» (Mc 10, 37).

Jesús debía dirigirse aún hacia la realización de lo que él es. Hombre que tiene sus raíces en lo alto, en la eternidad —lo que le permite decir: «Antes que naciera Abrahán existo yo» (Jn 8, 58), Hijo nacido de Dios— debe ascender hacia su nacimiento eterno, llegar a ser plenamente lo que es, dejarse como absorber totalmente en su más-allá: «¡Y si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes?» (Jn 6, 62), donde está ya, porque «Yo soy de allá arriba²» (Jn 8, 23).

En la ascensión de todo su ser hacia su plenitud, la verdad de Jesús —lo mismo que su misión— encuentra su realización.

La dualidad del más-acá y el más-allá ha sido abolida en Cristo muerto y resucitado. No porque la historia terrestre de Jesús se anule: nada se ha abolido, todo se ha asumido, elevado al nivel de lo que fue el más-allá de este hombre en la tierra. El más-acá está como transfigurado en el más-allá.

2. Lo que se expresa en Jn 3, 13 es esta palabra recogida en buenos manuscritos: *Nadie ha subido al cielo sino el que descendió del cielo: el Hijo del hombre que está en el cielo.*

¿En adelante, dónde se encuentra Jesús?... «Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado» (Mc 16, 6). Está en otro lugar, más-allá de la visibilidad del mundo. Resucitado, no es visto ni por Anás, ni por Cai-fás, ni por Pilato, ni por todo el pueblo. «Dios... nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él eligió, a nosotros que hemos comido y bebido con él después de su resurrección» (Hech 10, 40s). Es visto por aquellos que viven en comunión con él. Los ojos del cuerpo no bastan para verle, es necesario que él «se haga ver»³, que él ponga a los hombres en relación con su misterio y, por este contacto, les abra los ojos: «Les dio el pan, sus ojos se abrieron y le reconocieron» (Lc 24, 31). Se hizo ver poniéndoles en comunión con él.

Al aparecerse, no deja, pues, el lugar donde se encuentra. Se revela veladamente, inicialmente no se le reconoce⁴. Una vez reconocido, los discípulos tienen todavía deseos de preguntarle: «¿Eres tú, verdaderamente?». Pero «sabían que era el Señor» (Jn 21, 12). Lo sabían, Jesús los había introducido en la otra parte donde en adelante está establecido: «Volveré y os llevaré conmigo» (Jn 14, 2).

El mundo y su más-allá

Estando en otra parte, Jesús no está ausente. Dejó la superficie del mundo, para ser su corazón, su más-allá interior y universal. Dijo: «Me voy y vuelvo a vuestro lado» (Jn 14, 28). Partió y se encuentra presente en el mundo pero de otra manera: en su profundidad, porque está junto al Padre cuyo señorío del mundo comparte (Flp 2, 9-11).

3. Según la expresión habitual en los relatos de las apariciones de Cristo resucitado.

4. Mt 28, 18; Lc 14, 16; Jn 21, 12; Hech 9, 5.

La creación está fundada bajo la acción permanente de su creador, «de quien provienen todas las cosas» (1 Cor 8, 6) y subsiste en él. Ahora bien, la Escritura dice también de Cristo: «todo subsiste en él» (Col 1, 17) y «por quien nosotros existimos» (1 Cor 8, 6). Pero mientras que el Padre está presente en el mundo por su poder, en una trascendencia total, sin ninguna pertenencia al mundo, Cristo pertenece por su humanidad a este mundo, del cual él es el Señor y que *subsiste* en él. Está en el corazón del mundo, y es el más-allá en profundidad, el fundamento invisible.

La dualidad de un más-acá y de un más-allá que marcó la existencia terrestre de Cristo, caracteriza también al mundo. Cristo es su más-allá profundo, en el que y hacia el que el mundo es creado.

Los discípulos tomaron conciencia muy pronto de una presencia de Jesús, ante todo, *en el corazón de la Iglesia*.

Sabían que en su «reunión en Iglesia» (cf. 1 Cor 11, 18) para la fracción del pan, es el Señor quien preside la mesa (cf. 1 Cor 10, 21)⁵; que en la comunión con él eran asumidos en él (1 Cor 10, 16s). Llegaban a ser así el cuerpo de Cristo (1 Cor 12, 27), su visibilidad en este mundo. Lo que en otro tiempo era visible en Jesús, sucede en la Iglesia y en sus sacramentos⁶. San Pablo tenía un sentimiento muy fuerte de esta dimensión crística propia de la comunidad y de cada creyente: «Cristo vive en mí» (Gál 2, 20). Se sorprende: «¿No sabéis que Cristo está en vosotros?» (2 Cor 13, 5).

Los discípulos percibieron igualmente *una presencia de Cristo en las Escrituras y en la historia de Israel*. El Resucitado «les abrió el entendimiento para comprender las Es-

5. La eucaristía es *la mesa del Señor* (1 Cor 10, 21), *el banquete del Señor* (1 Cor 11, 20).

6. San León Magno, *2º sermón sobre la ascensión*, 2: «Lo que era visible en nuestro Redentor sucede en los sacramentos».

crituras» (Lc 24, 45). Se les apareció no solamente en Jerusalén y en Galilea, sino en las páginas de la Biblia. San Pablo da testimonio de ello en 2 Cor 3, 5-17. Mientras que la mirada no cristiana se para en «la letra» del texto y de la historia de Israel, o sea, en la realidad superficial, el creyente percibe «el espíritu», es decir, la realidad en su profundidad, la que da sentido y vivifica. Pues, «el espíritu, es el Señor» (2 Cor 3, 17), Cristo es *la sustancia de este pueblo*⁷ y de sus Escrituras. El pasado de Israel «era la sombra de lo venidero; pero la realidad (que proyectaba esta sombra) es el cuerpo de Cristo» (Col 2, 17).

Según 1 Cor 10, 4, «la roca que acompañaba» al pueblo en el desierto, «era Cristo». La risa de Abrahán por el nacimiento de Isaac es interpretada en Jn 8, 56 como la alegría del patriarca al vislumbrar el día de Cristo. La Carta a los hebreos, al hablar de la primera alianza, se expresa continuamente en dos niveles: el de las realidades terrestres que son como una sombra, un bosquejo, copias hechas por manos humanas, múltiples y pasajeras, de una imperfección manifiesta. Y por otra parte, el de la realidad crística que es su más-allá y que es verdadera, celeste, el modelo de estas copias. No hecha a mano, es única, eterna y perfecta⁸. Al resucitar, Jesús confiere la plenitud a las Escrituras y a la historia de Israel. El «las cumplió» (cf. Hech 13, 32s), llenándolas de sí mismo. Jesús muerto y resucitado es su más-allá profundo y profético.

La fe en el señorío universal de Cristo resucitado —«Dios lo ha constituido Señor» (Hech 2, 36); «me ha sido dado todo poder» (Mt 28, 18); «¡Jesucristo es Señor!» (Flp 2, 11)— condujo a los cristianos a reconocerle un papel cósmico, a percibir *su presencia en el corazón de toda la crea-*

7. S. Agustín, *De civitate Dei*, 17, 11; CCL 48, 575

8. Cf. sobre todo Heb 7, 27s; 8, 5; 9, 12-23; 11, 11s.

ción. Siendo hombre, Cristo forma parte de la creación de la que es el primogénito (Col 1, 15); pero es también su Señor, en el poder de su Padre. Siendo de este mundo, del que, sin embargo, es el Señor que participa del poder del Creador (1 Cor 8, 6), su lugar está en el centro, donde la creación comienza: «En él fueron creados todos los seres... y todo subsiste en él» (Col 1, 16s). El es la profundidad, el más-allá fundador y siempre fundamental, de este mundo del que percibimos la superficie. Se dice «el Principio de la creación de Dios» (Ap 3, 14); él es el «Alfa... el Principio»⁹, la letra inicial del alfabeto de la creación, que le da sentido, armonía y belleza¹⁰.

El es todo esto: el más-allá universal en el que se enraízan el mundo, Israel y la Iglesia, «porque él es el Hijo de Dios encarnado». Dios es padre, esencialmente; su ser está en su paternidad infinita con respecto al Hijo; su total actividad se despliega en el engendramiento del Hijo, por la fuerza de su Espíritu. Todo lo que hace, Dios lo realiza en esta relación al Hijo en el Espíritu santo. Si crea, lo hace en el interior de la relación del Padre con el Hijo: «Nada de lo que hizo, fue hecho sin él» (el Hijo) (Jn 1, 3). La creación lleva un misterio en sus entrañas: el Hijo encarnado en quien es creada y subsiste (Col 1, 16s). Existe fundada en el Hijo, en vínculo filial con Dios. El pueblo de Israel que Dios se escogió es filial con un título especial, Cristo *es su sustancia*¹¹ profunda: «Mi hijo primogénito es Israel» (Ex 4, 22). La Iglesia, cuerpo de Cristo, es filial a título muy especial (Gál 4, 4-7), en ella Cristo es a título especialísimo

9. Ap 21, 6; 22, 13.

10. «No ocurre primero la creación y luego la encarnación, sea la que sea la génesis y la aparición histórica de Cristo. El acto creador es de naturaleza crística». F. Varillon, *L'humilité de Dieu*, Paris 1974, 121, citada por G. Martelet, *L'au-delà retrouvé*, Paris 1975, 54.

11. Cf. *supra*, nota 7.

su misterio profundo, hasta el punto de que Pablo puede decir: «Cristo vive en mí» (Gál 2, 20), «vosotros sois (existís) en Cristo» (1 Cor 1, 30).

Aquel en quien todo fue creado es también *la plenitud futura*. Israel llega en él a su acabamiento: «La promesa que Dios hizo a nuestros padres, nos la ha cumplido a los hijos resucitando a Jesús» (Hech 13, 32). La Iglesia «está llamada a la comunión del Hijo en su día» (1 Cor 1, 9). En Jesús y en su pascua «todo está consumado» (Jn 19, 30). El que es el Alfa original es también la última letra, que recapitula sobrepasando todo: «Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin»¹².

Cristo «muerto y resucitado por nosotros» (2 Cor 5, 15) es el acontecimiento final en el que el tiempo llega a su plenitud. Su muerte es la de todos (2 Cor 5, 14), su resurrección es «la resurrección de los muertos» (Rom 1, 4)¹³. Los hombres están llamados a morir en su muerte, *junto con él* (cf. 2 Tim 2, 11), a nacer en su gloriosa filialidad. Dios no repetirá de nuevo para cada uno de los hombres su acción resucitadora: los atraerá a todos en «la fuerza de su resurrección» (Flp 3, 10), de la única resurrección, la del Hijo único.

La resurrección de Jesús no sólo es una primera etapa hacia la resurrección final, sino que la contiene en su totalidad: «En Cristo hecho hombre habita la plenitud de la divinidad y en él habéis alcanzado vuestra plenitud» (Col 2, 9s). El Cristo pascual es en persona la plenitud final, en la que

12. Ap 21, 6; 22, 13.

13. Rom 1, 4 debemos traducirlo así: *Nombrado Hijo de Dios en el poder... por la resurrección de los muertos*, y no «por su resurrección de entre los muertos» aunque se trate de la de Jesús. En este texto pre-paulino, de origen judeocristiano, se expresa la fe cristiana primitiva que ve en la resurrección de Jesús la de los muertos, el acontecimiento final de la historia de la salvación.

los hombres están llamados a participar. El mundo debe dirigirse hacia esta plenitud.

Así, él es el misterio de la humanidad en su profundidad, el más-allá de lo visible de los hombres, creados a partir del Hijo encarnado, creados en él y en orden a él. Es el centro; el círculo se ha trazado desde él y existe en relación al centro: en relación al Hijo encarnado.

Vivir ya del mas-allá

San Pablo tenía conciencia de vivir en la dualidad de un más-acá y de un más-allá: «El hombre exterior —que es también el hombre viejo (Ef 4, 22)— se desmorona, el hombre interior se renueva de día en día» (2 Cor 4, 16). «Nos hemos convertido en la basura del mundo» (1 Cor 4, 13), el Apóstol acepta «la tribulación de un momento», porque «nos produce, un inmenso e incalculable tesoro de gloria, a cuantos no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles sino en las invisibles; pues las cosas visibles son pasajeras, más las invisibles son eternas» (2 Cor 4, 17s).

El ser humano se degrada en su apariencia día a día; pero en su profundidad se construye: así el cuerpo de la resurrección está en camino. El hombre lleva en sí «la imagen del primer Adán», el antepasado terrestre «nacido de la tierra» (cf. 1 Cor 15, 47-49), del que desciende porque procede de él; pero tiene también otro antepasado de orden «celeste» (1 Cor 15, 48), el «último Adán» (1 Cor 15, 45-47), del que desciende ascendiendo hacia él, del que empieza a vivir por la atracción hacia él.

Así la existencia cristiana se despliega a la vez en un tiempo que se devana en huída hacia un pasado que ha dejado de ser presente —«la apariencia de este mundo está acabando» (1 Cor 7, 31)— y en un tiempo que se dirige hacia

su plenitud. Este tiempo no se escapa; el momento presente se ahonda y se llena de futuro hasta el día en que el hombre será colmado de él para siempre: «Lo invisible es eterno» (2 Cor 4, 18). La eternidad está en desarrollo durante la vida presente.

Cristo es así el más allá del mundo, tanto actual como futuro. La resurrección final está actuando: «Llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán» (Jn 5, 25). Lo mismo ocurre con el juicio: «Ahora va a ser juzgado el mundo» (Jn 12, 31). ¿De qué juicio se trata? Del último, pronunciado en la muerte glorificante de Jesús. La reunión de los hijos de Dios dispersos, ese designio último de Dios (cf. Ef 1, 10) está en marcha: «Tenía que morir para reunir a los hijos de Dios dispersos» (Jn 11, 51). «Elevado sobre la tierra», Jesús es el punto de una atracción y de una convergencia universales (Jn 12, 32). En su pascua, Jesús lleva el nombre de Señor¹⁴, que es el título del poder del último día (cf. 1 Cor 1, 7-9).

Cristo es el origen y la plenitud final; es el océano del que todo nace y hacia el que fluyen los ríos. La historia santa comienza en su plenitud futura; el futuro invisible es también prioritario; los hombres se enraízan en aquel hacia el que son creados: «Cristo, primogénito de toda criatura, que está antes que todo, para quien todo ha sido creado» (cf. Col 1, 15s).

El mismo Jesús en su existencia terrestre ascendía hacia un porvenir que era también su origen: había nacido de Dios e iba hacia este nacimiento divino que alcanzó plenamente a través de la muerte: «Dios lo resucitó como dice el salmo 2: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy» (Hech 13, 33).

Lo que en la tierra era visible en él, manaba de la fuente de la que él venía y hacia la que ascendía. En virtud de su

14. Hech 2, 36; Rom 10, 9; Flp 2, 9-11.

filialidad iba hacia la plenitud filial: nacido del Padre en el Espíritu (Lc 1, 35), llega a través de su muerte a su nacimiento en plenitud, en el que el Padre le resucita en la plenitud del Espíritu (Rom 8, 11). La expresión de la Carta a los hebreos (11, 3) es válida ante todo para Jesús: «El visible procede del invisible».

Viviendo esta dualidad, el hombre no vive en tensión de opuestos: al consolidarse la vida en Cristo, le unifica poco a poco desde la profundidad. Pues la verdad profunda del hombre es ser creado en y hacia Cristo.

El más-acá aparente, lo que es «carnal», se percibe por los ojos de «la carne»; lo interior es visible para los ojos interiores, los del corazón (Ef 1, 18), adaptados a la profundidad. Este conocimiento, propio del «hombre espiritual» (1 Cor 2, 15), le es dado con «el Espíritu que lo sondea todo» (1 Cor 2, 10) mientras que el «hombre psíquico» (privado del Espíritu) «no acoge lo que es del Espíritu de Dios» (1 Cor 2, 14).

«El hombre espiritual» es rico de todo lo que es propio de Cristo: «Sois (existís) en Cristo que, por Dios, se ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención» (1 Cor 1, 30). Cristo ha muerto a lo viejo (Rom 6, 10), y sus fieles también (Ef 4, 22-24); ha resucitado y ellos también, la resurrección final ha comenzado (Rom 6, 11). En su resurrección, Cristo «fue justificado (santificado) en el Espíritu» (1 Tim 3, 16), también ellos son justificados por la fuerza de su resurrección (Rom 4, 25). La existencia propia de Cristo es la de ellos: «Consideraos vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rom 6, 11).

El más-allá se esconde, pero este germen está actuando: «Vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria» (Col 3, 3s).

Entonces, el hombre no vivirá más que a partir de su profundidad, como Jesús vive a partir de su misterio filial.

La Iglesia hace la experiencia de su existencia «dual» sobre todo allí donde es más ella misma: en la celebración de la eucaristía. Cuando los fieles se reúnen en algún lugar de la tierra, se encuentran reunidos en el cuerpo de Cristo: «El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo» (1 Cor 10, 17). Se reúnen a una hora señalada y en un día determinado del tiempo terrestre, pero se encuentran en la hora de Jesús, la hora de su pascua de muerte y resurrección —«este es mi cuerpo entregado por vosotros»— y en un día concreto, el día del Señor, que es el de la plenitud final. Su asamblea se parece a cualquier otra reunión de hombres y de mujeres, pero constituye «la Iglesia (la asamblea) que está en Dios Padre y en nuestro Señor Jesús» (1 Tes 1, 1), una reunión en pleno misterio divino. El pan que comen es terrestre a la vez que «pan del cielo» (cf. Jn 6, 32); el vino que beben es «fruto de la tierra» y «vino del Reino» (cf. Mc 14, 25). Se saben mortales y están seguros de escapar de la ley de la muerte: «El que coma este pan no morirá jamás» (Jn 6, 50), porque comen el pan de la resurrección (Jn 6, 54)¹⁵. Todo esto corresponde a la dualidad de su existencia.

Viven desde ahora en la comunión con Cristo, a la vez que gritan: «¡Marana tha! ¡Ven, Señor!». La eucaristía es el sacramento de «la parusía» de Cristo, palabra que significa a la vez presencia y venida. Al celebrarla, la Iglesia va al encuentro de aquel del que vive.

15. San Ireneo, *Adv. Haer.* 4, 18, 5: «La eucaristía está constituida por dos aspectos, uno terrestre y otro celeste, de igual modo nuestros cuerpos que participan en la eucaristía ya no son corruptibles, puesto que tienen la esperanza de la resurrección».